

Isa la de la risa

A Isabel todo le hacía mucha gracia.

Un día su padre estornudó y un moco se le quedó colgando. Estuvo riéndose por lo menos una hora.

También se rio muchísimo cuando a su madre se le escapó un pedo en la cola del supermercado.

Casi se hizo pis encima cuando vio una patata que parecía que tenía nariz y boca.

Estuvo dos horas riéndose cuando su abuela confundió el mando de la tele con el teléfono.

Y qué risa pasó el día que una caca de pájaro cayó justo en la calva de Don Ramón.

Pero hubo una vez que pasó algo tan gracioso que Isabel no pudo parar de reír.

Estuvo riendo toda la tarde y, cuando se fue a la cama, seguía riendo.

Por la mañana se despertó de su propia risa, y de la risa se le salió el zumo del desayuno por la nariz.

Siguió riendo todo el día, y al día siguiente, y también al siguiente.

Sus padres la llevaron al médico, que le mandó a Isabel una pastilla. De tanta risa que tenía, no se la pudo tomar.

La gente del pueblo ya la conocía como Isa la de la risa. Iban a su casa para ver a la niña que no podía parar de reír.

Le preguntaban que de qué se reía, pero era tal su risa que no podía ni responder.

A alguien se le ocurrió que podría escribirlo en un papel, y así todos sabrían de qué se reía Isa la de la risa.

Cuando lo escribió y lo enseñó, los que estaban allí estallaron en una gran carcajada.

Estuvieron riendo toda la tarde y, cuando se fueron a la cama, seguían riendo.

FIN